

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó en Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Teatro del Balon, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Un ramo de violetas, por D. Sebastian de Mobellan.*—*Julia. La hija del pescador, por D. Julio Rosas.*—*Rugier de Lauriga. Segunda parte, por doña Felicitas Asin de Carrillo.*—*Gero-glífico.*

TEATRO DEL BALON.

LOS LAZOS DE LA FAMILIA.—*Drama en tres actos y en verso, original de D. Luis Mariano de Larra.*

Cárlos y Carolina, esposos que están en un tris de dejar de serlo por razones que luego se verán, tenían por todo fruto de su antes feliz union una hija, la buena y amable Enriqueta, que contaba ya diez y seis primaveras á la fecha en que supone principiar el drama. Seis años habia que Carolina habia dejado la casa de su marido, y esos mismos seis años tambien que una demanda de divorcio promovida por ella seguia sus largos trámites, si bien la solucion se presentaba cercana ya, segun las oficiales noticias de D. Dimas, abogado de la demandante, y al que, contra la costumbre dramática de representar siempre noble y digna la mision del juriconsulto, da el autor pasioncillas mezquinas y de mala ley, hasta el punto de creer que toda tentativa de avenencia entre las partes es un robo que á sus intereses se hace.

¿Pero cuál fué el oríjen de este rompimiento llevado á extremo tal y tan pertinazmente seguido? Vamos á decirlo.

Cárlos se habia casado con Carolina por amor. Durante muchos años ni la mas leve nube empañó el claro sol de su mútua felicidad; pero una muger á la moda, una hermosa cortesana de esas que se gozan en perturbar la paz de los matrimonios, hizo á Cárlos el blanco de sus insinuantes coqueterías, y él no fué bastante fuerte para resistir á una tentacion en la que entraba por mucho la vanidad. Para romper estas fugaces re-

laciones habria bastado solamente un poco de tacto, un poco de flexibilidad y de dulzura de parte de la ofendida esposa; mas el carácter de hierro de que esta hacia gala, y su exagerada susceptibilidad en punto al orgullo ofendido, la precipitaron á un paso de escándalo y de sinrazones, abandonando su casa, su inocente y tierna hija, muy niña aun, y en fin á su esposo, que arrepentido le rogaba con lágrimas de dolor y de angustia no llevase á cabo su fatal propósito. Nada la doblegó ni la hizo retroceder en su camino. Con iracundos y enjutos ojos vió el llanto de su hija y en sus oídos no hicieron mella ni los sollozos de Enriqueta ni las ardientes súplicas de su padre. A ellas respondió, como se ha visto, con una demanda de divorcio.

No habian bastado seis años á domeñar su enojo ni se habia entibiado un punto al ardor febril que despertó la ofensa, cuyo perdon solicitaba en vano el culpable. Ni la vida ejemplar de este, consagrada al cariño de su idolatrada hija, ni su profunda tristeza, ni el apartamiento de todos los placeres con que le brindaba su opulenta fortuna y su edad florida aun; nada de esto hacia vibrar en aquel corazon una sola cuerda de indulgencia y olvido para lo pasado. Carolina permanecia inexorable.

Tan poderoso es sin embargo el amor materno que habiendo sido Enriqueta acometida de una grave enfermedad, su madre habia acudido á su cabecera para prodigarle sus cuidados. En salvo ya, creyóse que su cariño le haria permanecer á su lado; pero la implacable muger desapareció de nuevo de aquella morada, prefiriendo el aislamiento y el desamor á los dulces goces de una reconciliacion tan vivamente solicitada. Desde el lecho de su hija corrió á los tribunales para esforzar su demanda. La felicidad de aquellos dos seres, y aun la suya propia, era menos que la satisfaccion de su orgullo.

En este punto empieza la accion del drama.

Enriqueta, á hurtadillas de su padre, solia ir á casa de Carolina, y en su excelente corazon se li-songeaba á veces con la idea de poder unir por amor suyo á sus desavenidos padres. Una circunstancia imprevista vino á alentar sus esperanzas.

El anciano y respetable padre de Carolina, que residia en un pueblo de Navarra, su pais natal, y

que ignoraba de todo punto las desavenencias ocurridas entre sus hijos, escribe á Carlos manifestándole que piensa pasar á la corte por una breve temporada con el solo fin de verlos y de abrazarlos, probablemente por la última vez, puesto que lo avanzado de su edad así se lo hacia temer. ¿Qué hacer en tal apuro? ¿Como revelarle el fatal secreto á él, tan bueno, tan honrado, tan cariñoso? Comprendió todo esto Carlos, y participó á su esposa la venida de D. Andrés, rogándole que por aquellos dias fuese á habitar su casa y que en la apariencia se tratasen como esposos, quedando despues en libertad ella para proseguir su pleito; pero visto que este estaba á punto de fallarse, era conveniente prescribiese á su abogado una suspension temporal y breve, toda vez que el fallo era fácil se pronunciase durante los dias en que importaba que de nada se enterase el huésped. Estas consideraciones eran tan racionales que Carolina aun á pesar suyo tuvo que prestarse á todo, y en su consecuencia pasó á instalarse por brevisimo tiempo en la casa de su esposo.

Pocos momentos despues llegaba á ella el anciano D. Andrés, bien ageno de lo que pasaba; pero aunque por el pronto nada sospechó, muy luego empezó á traslucir que algo grave se ocultaba bajo aquellas apariencias. En aquellos semblantes creyó notar pesares escondidos y mal desimulados. ¿Pero cómo aclarar sus sospechas?

Un acaso le proporcionó el descubrimiento de la triste verdad. D. Dimas el abogado llega en el momento en que él está solo, y le manifiesta, para que lo haga á D. Carlos, que aquel mismo dia debe verificarse la vista del pleito. Suponiéndose al cabo de todo logra D. Andrés ponerse al corriente de cuanto deseaba indagar, y ya con tal conocimiento habla á Enriqueta, quien ya nada le oculta. En vano, sin embargo, se dirige á los mal avenidos esposos. En ella la tenacidad de carácter, en él el sentimiento de su dignidad propia hacen infructuosos sus esfuerzos, poderosamente secundados por Enriqueta.

Así las cosas, vuelve el abogado con la nueva de haberse accedido por el tribunal á la demanda de divorcio, pudiendo Carolina llevarse á su hija. Esta es llamada por el padre para despedirse de ella con lágrimas y sollozos, y entregarla á la muger que se la arrebató. Carolina conmovida deja á su hija la eleccion de seguir al que de ambos le plazca; pero Enriqueta con el acento del dolor mas profundo declara que quiere vivir ó con los dos ó con ninguno. Al oirla, uno y otro se precipitan en sus brazos. La reconciliacion se ha efectuado.

Este drama tiene sin duda interés, excelentes situaciones, y está escrito con mucho talento. Los caracteres están muy bien delineados por lo general, y hay algunos de ellos muy simpáticos, como el de Enriqueta, que es un ángel de bondad, y el del anciano navarro, tipo de honradez, de franqueza y de buen juicio. La accion camina con bastante desembarazo y con un interés siempre creciente. Hay naturalidad en el desenlace, que es de notable

efecto. La obra, en suma, es una buena cosa y pertenece á un buen género.

Luñares tiene la produccion, por que ¿cuál no los tiene? No bastan ni con mucho para afearla; pero el deber de críticos nos fuerza á señalar los que hemos creído ver: acaso nos hayamos equivocado.

El accidente por el cual don Andrés descubre las graves desavenencias que han surgido en su familia, nos parece forzado. Es en efecto muy poco natural que el don Dimas, viejo de intencion, fuera de buenas á primeras á poner en autos de tan delicado asunto á una persona que se llama á sí propia casi padre de Carlos, que vive en la casa de este, y que no obstante es padre de Carolina. ¿Todas estas para él inesplicables circunstancias, no debian aconsejarle una reserva prudente, y muy propia de sus años, de su sagacidad y de su profesion? Nosotros habriamos deseado un recurso mas ingenioso, ó siquiera mas verosímil.

Respecto á las consecuencias morales del drama diremos dos palabras.

Carlos comete una falta, y la espia ampliamente con seis años de amargura. Carolina aparece pura, es verdad; pero su orgullo exagerado, su implacable carácter que le hace sobreponer el deseo de venganza á los sentimientos de madre, la privan del interés que habria alcanzado por medio de la dulzura, de la resignacion cristiana, del olvido para con faltas que una buena esposa debe y sabe perdonar siempre que han sido lavadas por la espiacion y el arrepentimiento. Mugeres tales son por fortuna de la sociedad escepciones. Cierta es que allí se nos dice que ha llorado al verse separada de su hija, y no mas que de su hija; ¿pero cómo creeremos en la violencia de aquella pena, en el dolor de aquellas lágrimas? Véase lo que Enriqueta misma le dice con esta ocasion.

„Cuando sola me veía,
Cuando al sentarme á la mesa,
De papá en el rostro grave
Observaba la tristeza,
Y al entrar en su aposento
Se encerraba allí con ella,
Yo me preguntaba: ¿acaso
Mi madre de mí se acuerda?
Si se acordara, vendria
A consolar nuestras penas.”

El argumento, en efecto, no tiene réplica.

Pues bien, ningun castigo moral hay para esta muger, de la que hasta es lícito dudar si tiene entrañas. Los tribunales sentencian en su favor y le dan el derecho de arrancar á su hija de los brazos de su padre, del que la ha cuidado en su casi horfandad, del que la ama mas que á su vida. Solo el violento arranque de Enriqueta es el que produce una reconciliacion, que nosotros por lo menos no habriamos aceptado como muy segura prenda de felicidad para en adelante. Vivir con una muger de tal carácter, y envalentonada además por el éxi-

to de su primer proeza matrimonial, fuera estar toda la vida con el credo en la boca. Es decir, que el telon se echó sin que envidiásemos la dicha del ya absuelto esposo; porque conociendo á Carolina sospechábamos fundadamente que no habia de ser aquella la última penitencia que aguardaba al marido.

El resultado fué muy satisfactorio, á juzgar por los muchos aplausos que tanto en el curso de la representacion como al final de ella fueron dados al drama.

En la ejecucion se distinguieron el Sr. Rodas y la jóven señorita Rosas. Los demás procuraron esmerarse; pero algunos debieron comenzar por saber bien el papel. Sin eso no hay nada.

Concluimos advirtiendo que el papel de D. Dimas no es el de un mamarracho ridículo.

La concurrencia grande y el teatro muy animado.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL RAMO DE VIOLETAS.

Estamos en Vizcaya.

La noche, avanzando con cuidadoso silencio, apenas conmueve con el soplo de sus brisas las nacientes hojas de los árboles, ó los vírgenes capullos de las flores. Cualquiera la tomaria por la Armida de la antigüedad que viendo dormido á Reinaldo, trataba de darle un casto beso, sin que este se apercibiese de su accion. ¡Vaya si la tal noche llegaba cuidadosa y acuitada!

Ya el sol no existia ni aun en las puertas del horizonte; el mar, grave, callado, azul y magestuoso, iba envolviéndose entre los pliegues de un oscuro velo, así como el amante que al salir de casa de su amada se recata el rostro con el embozo para que el rival que le espera, no se aperciba de su salida.

O bien como la mujer hermosa que acribillada por las viruelas, solo sale á la calle envuelta en un tupido manto para que sus adoradores conserven la ilusion vírgen.

O como se oculta el deudor de la víctima.

O, en fin, como se encubre el vicio arrepentido, para ir adquiriendo á menos costa su virtud.

Imájen todo de la noche que llegaba y que cubriendo cuanto á sus pies tenia con el manto de su misterio, dejaba sumido el mundo en la mas completa oscuridad.

Pero esto importaba poco.

La noche es una amiga indiscreta por lo mismo que es tan callada, y prueba de ello la voz que de entre unos carrascales acaba de brotar, así como debió brotar la del ángel del Señor al detener el brazo de Abraham próximo á herir la cabeza de su hijo Isaac.

Esto me hace pensar seriamente en una cosa, y es: que una mujer y un bosque se parecen.... en la *indiscrecion*.

Oigamos si nó lo que dice la voz.

Es de mujer.

—Mira, Julian, que no me quieres; que ya no bailas los zorzicos conmigo y que no ves de mal ojo á la hija de la Mari Blanca, que por ser hija de quien es, no le pregunto por qué pasa la noche á la ventana tomando el fresco hasta que amanece; por qué cuida tanto de un ramo de violetas, que á fé mia bien secas y marchitas están, y por qué todos los dias sube al caserío de tu padre, donde pasa las horas muertas, como si nada tuviese que hacer en su casa.

—Ah! Maria Antonia, y qué lengua equivocada estar tuya.

—Sí, sí, venme ahora con requilorios que no han de conseguir otra cosa que hacerme llorar.

—Ojos llorar no deben, ojos que darne corason flechazo y que yo no perder quiero.

—Mira, Julian, tú no me quieres.

—No desir eso debes.

—Sí lo digo.

—No desirlo.

—Tú eres buen mozo.

—*Escarricasco*.

—Y por eso, todas las de los caseríos te contemplan y miman.

—Yo buen moso no ser, y si tú burlas haser de corason mio que intensionada verte dias conmigo hase.

—Ah, Julian!

—Tú, castellana, y yo viscaino no cosas querer en corason herirle, que viscaino apretarle el sapato saber donde.

—Tienes razon, Julian, soy castellana y harto siento, bien lo sabe Dios, no haber abierto los ojos á la luz de la vida en este hermoso pais, donde la inocencia de sus habitantes corre parejas con la virginidad de la naturaleza. Pero esto ¿qué impide que yo te quiera, que te ame, que solo piense en tí? Acabas de decirme que como vizcaino que eres, no pasas por la idea de que nadie te hiera el corazon, no es cierto?

—Ser sierto desirlo yo.

—Bien; y qué razon has tenido para ello? Me has visto acaso hablar con otro? querer á otro? pensar en otro? Ah! no: constante y firme en mi cariño, con él he vislumbrado la felicidad; con él acabaré mi existencia.

—Viscaino ojos llorar tus cosas tienes, que viscaino no saber lágrimas salirle tantas.

—Ah, Julian de mi alma!

—Ah, raaaayua! y qué decir mujeres cosas á hombres corason tener! Yo amarte y aborreserte no, vida mientras aiente.

—Conque tanto me quieres?

—Sí, sí.

—Y á Mari Blanca?

—Mari Blanca no corason mio; tú sí, corason.

—Entonees.... adios, Julian; tú vas ya á tu caserío; yo bajo al pueblo, mi madre podria notar mi falta, y desdichada de mí si mi madre la notase. Mira, Julian, el dia de la Virgen de Agosto me diste este ramo de violetas, que yo, como Mari

Blanca, llevo siempre encima; el día que este ramo falte de mi seno, no digas que es porque las flores han muerto ni ha muerto mi amor, no; di solo que es porque tu pobre Teresa ha muerto, que es del único modo por el cual pueden estas flores morir.

—Oh! tuyo viscaíno muerte despues ser

—Y la castellana ser siempre tuya. Luego direis que las castellanas no aman! Bendito sea Dios, y de qué malos pensamientos teneis que acusaros!

Adios, pues, adios, y piensa en todo cuanto te amo.

—Castellana, viscaíno amar.

—Cuan feliz me haces!

—Y felis haser á viscaíno.

Y el ruido de unas ligeras pisadas que camino arriba del monte se deslizaban, y los ligeros sonidos de una basquiña que en los matorrales del sendero abajo se sentían, fueron los únicos ecos que por un momento turbaron la agreste naturaleza, indiscreta depositaria de las promesas de aquellas dos almas un momento antes, confundidas en la creencia de su profundo amor.

Poco despues nada se sentía por el monte abajo; los árboles estaban mudos como la estatua del Dolor; las flores no se movían; las auras jugueteaban silenciosas, y los arroyos, deslizándose tranquilamente sobre su lecho de florido musgo, parecían como querer huir de aquella magestuosa tranquilidad, para ir á prodigar sus rumores á otra naturaleza mas risueña y coquetona.

Pero no salgamos del monte; por el contrario continuemos en nuestro puesto y sigamos desde él la marcha, monte arriba, de nuestro honrado vizcaíno, que ya cerca de su caserío entona el siguiente melancólico cantar:

Las mujeres de esta tierra
son lo mismo que sus flores;
que ni las marchita el sol
ni las deja ó burla el hombre.

Y la voz, cruzando de valle en valle, de monte en monte, fué á perderse en el inmenso horizonte del mar, que como manto mortuario, á lo lejos de las montañas se estendía.

Nada despues se escuchó.

El silencio era tan solemne como el día antes de la creación.

Era que Julian acababa de penetrar en la casa paterna

Ahora bien: es cosa digna de llamar la atención uno de estos caseríos del país clásico de las buenas costumbres, porque no existiendo en parte alguna de España, justo es dedicarles dos líneas siquiera para presentarlos en un imperfecto bosquejo.

Vizcaya no tiene pueblos.

Tiene caseríos.

Estos se reducen á un número mas ó menos considerable de casas aisladas desde la hondonada de un valle hasta la cúspide de una montaña, ya al borde de un precipicio, ya al pie de un torrente, que la hace aparecer una napea mirándose en el terso cristal de las aguas, ora entre un gigante gru-

po de encinas y corpulentos álamos, ora en la cima de una florida meseta, cuyo panorama, visto por la vez primera hace el efecto mas mágico y sorprendente que puede imaginarse.

De día, y apenas el alba sonríe en el puro horizonte, la campana de la iglesia, sita en medio del bosque y por cima de cuyo frondoso ramaje eleva su blanca cúpula, como implorando las bendiciones del cielo para sus felices moradores, los caseríos se ponen en conmoción.

El hijo se despide de la familia hasta la noche; se va al monte por leña; la madre sale al campo; las hijas quedan en la labor, y el abuelo, verdadero Abraham de aquella venturosa familia, sale bajo el emparrado que cubre la entrada de la casa á dar gracias al Señor, despues de lo cual, ya con una media en la temblorosa mano, ya con un libro, enseña á sus pequeños nietos los primeros rudimentos de la educación, inculcando en sus almas las santas máximas de la virtud y el respeto á Dios, únicos faros que pueden en la niñez detener los impetuosos impulsos que mas tarde han de desarrollar en la juventud.

He aquí, pues, el sitio donde nuestro jóven acaba de poner su planta.

La familia le aguardaba ya.

El jóven se acerca á besar la mano á su abuelo y á su padre.

Para su madre y hermanas abre los brazos.

Para sus sobrinos tiene los besos de su cariño.

—Mucho has tardado, hijo mio, le dice su padre.

—Y con qué cuidado nos tenias! le replica su madre.

—Vaya! vaya! dice una de las hermanas; eso ha sido que quizá Mari Blanca....

—Padre, ¿concederme favor quiere? dice Julian interrumpiendo á su hermana.

—Sí, hijo mio, sí; pero antes deseo que me escuches.

—Hablar V., padre.

—Pues oye. Hace tiempo veíamos con placer toda la familia, crecer á tu lado una jóven cuya virtud y bellas prendas, eran y son citadas como modelo en todo el valle.

Erais los dos muy niños: así que, sin comprenderlo quizás, ibais pasando vuestra existencia adquiriendo los santos vínculos de una amistad consagrada desde la infancia, y los cuales nosotros pensábamos afirmar con una union bendecida, el día en que ambosuviéseis la edad para ello.

Pero esta edad llegó; y entonces, tú rompiendo ó por lo menos desatando esos lazos, no buscaste ya á la compañera de tu infancia, á la jóven con quien compartías pesares y placeres, dichas y dolores; los árboles del bosque no resonaron ya con vuestros cantares, ni las flores del campo se estreñecieron bajo la presión de vuestros alientos; tú salías del caserío solo y sin ella; solo y sin ella volvías al caserío; ni siquiera las campanas te agitaron el corazón como en el tiempo en que al despertarte exclamabas: "¡Dios mio, vida para mis padres y felicidades para ella!"

—Padre, padre mio!

—Concluyo, Julian. Esa mujer, se llamaba Mari Blanca; por qué la has abandonado?

—Yo abandonarla? no: corason amiga infansia ser.

—Nuestro objeto era casaros á ambos; sin embargo, un mes hace no la ves ni pareces siquiera por su caserío: qué te pasa, Julian? qué te pasa?

—No á mí nada pasar; yc.... querer.... yo....

—Pues bien, mira.

Nuestro jóven se volvió.

Una mujer pálida, hermosa, melancólica, espiritual, yacia arrodillada á sus espaldas; parecia el ángel del perdon, pidiéndolo para el que acaba de ofenderle.

Julian se quedó estático. Era Mari Blanca.

Mari Blanca se levantó.

La jóven llevaba en su mano un ramo de violetas marchitas.

—Julian, hasta hoy habia fiado en tí; habia esperado, te habia creído. De nada tienes culpa, es verdad, de nada; pero, qué quieres! yo te amaba; tu amor era la única felicidad de mi vida. Nacidos en un mismo día, nuestras almas fueron fundidas por Dios en el mismo crisol; crecidos juntos, nada en el cielo ni en la naturaleza podia haber que no nos fuese comun; de aquí el que acostumbrada á jugar contigo, á reir contigo, á llorar contigo, mi vida se apegase tanto á la tuya, mis placeres á los tuyos, mis dolores á tus dolores, que pasar un minuto sin verte, un dia sin compartir el mismo sol, una noche sin disfrutar la misma sombra, me hubiera sido tan difícil, como al águila volar rastreando el suelo, al mar variar de curso, ó á las flores no despedir la fragancia de sus amores. ¡Cómo, pues, poder olvidarte, acostumbrarme á no verte, componiendo tu cariño la media vida de mi pobre corazon! He aquí ahora tu ramo; puro me lo diste; puro te lo devuelvo.

Y la jóven se enjugó una lágrima.... y sus labios quedaron cerrados.

Julian caida la cabeza sobre el pecho, parecia la estatua del Silencio; las hermanas sollozaban; la madre no sonreia; y el padre callaba en medio de tal solemnidad.

Qué hacer pues?

Un ruido seco, raro y tumultuoso, como de una persona que se desliza á través de hojas secas y jarales, se dejó percibir.

Pero nadie se movió: solo Julian, fué el único que volvió la cabeza.

Una sombra, mejor dicho, un jóven se presentó en la puerta é hizo una seña. Julian se lanzó á él.

El jóven habló breves momentos con Julian, se separó de él y se apartó de la vista.

Julian entonces, volviendo el brazo rápidamente hácia el interior, cojió una escopeta que allí habia, se la echó al cuello y partió como una exhalacion.

La familia temió por su vida y se puso á orar.

Apenas Julian hubo salido, el otro jóven se le puso al lado.

—Conque.... desir.... es....

—Nada, Julian, que te ha engañado.

Julian rugió como un tigre cojido en un lazo.

Momentos despues los dos se detenian en la entrada de una calle del pueblo: un sordo rumor salia de una ventana inmediata.

—Escucha, Julian, escucha lo que le dice.

—No, estás engañado; ni le quiero ni le querré nunca. Es un jóven tan brusco, tan poco amante, tan salvaje, que todo me seria mas fácil en el mundo que el llegar á quererle.

Julian montó el gatillo de la escopeta.

—Pues entonces, por qué hablas con él?

—Toma! porque es el mejor modo que he hallado para que mi madre me deje en paz, para quererte con toda mi alma.

Julian se llevó la culata al hombro derecho y apuntó en direccion del sitio donde salia la voz.

—Entonces, quiero una prueba de tu cariño.

—Pide.

—Ese ramo de violetas que él te dió.

—Ahí va.

Sonó un tiro.

Un grito le siguió: un momento despues todo estaba en silencio.

—Julian, qué has hecho?

Julian no respondió; se habia lanzado al pié de la ventana, donde apoderado del ramo de violetas, volvió al lado de su amigo.

—Qué ¡le has muerto?

—No: ni herirle.

Y echándose la escopeta al hombro, tomó, despues de apretar la mano á su fiel amigo, la senda que á su casa conducia.

Cuando llegó, la ansiedad fué cruel.

Entonces, arrojándose á los pies de su pobre amiga, la pidió conservase aquel ramo de violetas que acababa de darle la felicidad, y sirviese siempre su recuerdo de egida á su virtud.

Y acto continuo relató el suceso.

Mari Blanca se arrojó en sus brazos, la familia sollozó de placer, y á los ocho dias el pueblo entero acudia á festejar á los nuevos esposos, mientras se relataba la desaparicion de la familia castellana de aquel honrado valle, símbolo hoy dia de la felicidad en la tierra.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

JULIA,

LA HIJA DEL PESCADOR.

BALADA.

Ven, ¡oh hija de las olas! ven á mi cabaña: ven y siéntate en mi estera de junco. Al murmullo cadencioso del rio de nuestra patria departamos de amor y bienandanza. Si, mi dulce Julia, paladeemos las delicias del cielo.

Yo enguirnaldaré tus trenzas con hojas de naranjo, jacintos azules y flores de azahar. Con plumas tornasoladas y conchas de encendido carmesí, te haré brazaletes y collares que realzarán la belle-

za de tus mórbidos brazos y la peregrina hermosura de tu garganta perfectamente modelada. Yo tejeré para tí, ¡oh avecilla del desierto! ramilletes de amor con las rosas de estos prados. Entre hortensias y magnolias gustaremos la sabrosa leche y bajo la magnífica cúpula de los cocoteros cuyos aéreos y elegantes penachos se mecen airosamente murmurando armonías misteriosas, saborearemos la fresca piña, el exquisito mamei y el sabroso plátano.

Ven, ¡oh hija de las olas! ven á mi cabaña: ven y siéntate en mi estera de junco. Al rumor cadencioso del río de nuestra patria departamos de amor y bienandanza. Sí, mi dulce Julia, paladeemos las delicias del cielo.

Ven, casta tortolilla, ven á contemplar estas noches espléndidamente estrelladas, refrigerantes, deliciosas por su silencio y sus aromas. La naturaleza perfumada y generosa nos convida. El cielo cubano siempre está embalsamado. La brisa duerme en el follaje. Lleno de reposo el corazón y el entendimiento respiremos esta suave bienandanza. Aquí todo es contento, alegría, amor. El brillo aterciopelado de las riberas del Almendares, riberas siempre verdes, siempre llenas de árboles y de flores, este cielo ardiente, esos plátanos bajo los cuales se anda como bajo anchos quitasoles, el agua fresca y cristalina de estos manantiales y el encanto, el ámbar, y la felicidad que se desprende de todo tu ser, linda cubana, realizan peregrinamente los sueños de mi fantasía. ¡Oh tú, blanca azucena que me has hecho conocer el éxtasis del amor, cuán dulce me harás la vida si la disfruto á tu lado!

Por la noche correré en pos de los *cucuyos* y te ceñiré una corona de estrellas adornando tus cabellos con estos preciosos insectos. ¡Oh! cuán hermosa estarás, vírgen de mi patria! Una aureola de fantástica luz rodeará tu frente de ángel.

Apoyada en mi brazo, recorreremos los campos buscando el misterioso silencio del desierto, la soledad de los dilatados bosques. Nuestros corazones que vivamente magnetizados por la simpatía se unieron al primer contacto, latirán á un tiempo. Nuestras miradas se abismarán en la inmensidad de los cielos. Las modulaciones de las aves vocingleras nos adormecerán y cuando despiertes verás á la puerta de tu cabaña un canastillo de mimbres lleno de jazmines, lirios, azucenas y azahares, flores aromosas esmaltadas de cristalino aljófár. ¡Oh! cuán venturosos seremos, querida de mi corazón! Nuestras rientes alboradas se asemejarán á las hojas de rosas que los favonios vespertinos impelen á la corriente del murmurante arroyo.

¡Julia! ¡Julia! sentémonos, dando vista al mar, bajo la inmensa cortina de las palmas que se elevan gallarda y altivamente al pie de estas montañas, y tiernamente abrazados, pensemos con entusiasmo en el amor, y cantemos, cantemos con las armonías del cielo, las delicias de la patria.

Habana. — JULIO ROSAS.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

Los dos contendientes luchaban con vigor, y por el pronto nadie hubiera podido vaticinar por cual de ellos habia de quedar la victoria.

—Sin embargo de que me habeis acometido como acomete un bandido, dijo Adrian sin cesar de combatir y con la mayor sangre fría, debo confesar que sois un hombre de empuje: diantre! teneis un brazo de acero y es lástima que me hayais salido al encuentro, toda vez que voy á mataros infaliblemente. Luchais con muy poca calma y os voy á herir en el rostro. Sois buen mozo por ventura?

—En cuanto á eso, respondió el otro, podeis preguntarlo á la condesa de Cinco-villas y ella os informará.

—Conoces tú á Doña Ana, bellaco?

—Sí, Montalvo; la conozco y la he tratado con mas intimidad que tú.

—Tu nombre! tu nombre! gritó Adrian tirándole una terrible cuchillada: tu nombre, oh, vive Dios! que te tendré por el mas ruin embustero de todos los villanos del mundo.

—Yo te haré comprender que soy tan caballero como tú.

—De qué modo?

—Venciéndote y arrancándote la vida.

—Muy pronto lo dices, replicó Adrian redoblando sus golpes é hiriendo á su contrario que rugió de cólera y de dolor, tirándose á él frenético y ansioso de concluir de una vez.

Pero Adrian que no habia perdido su aplomo, tiró una segunda estocada mas violenta que la primera; su espada se bañó en sangre humeante y su enemigo se bamboleo sobre sí mismo, dió un suspiro ahogado y cayó inerte sobre la tierra.

—¡Infeliz! dijo Adrian envainando su acero; él lo ha querido y ha muerto sin duda. Dios le haya perdonado.

El hermano de Catalina pensaba retirarse de allí; mas acordándose de que aquel hombre le habia salido al encuentro en compañía de un fraile, buscó á este y le halló arrodillado á corta distancia del sitio de la catástrofe. Adrian le habló en tono comedido y no obtuvo respuesta, por lo cual le tocó en el hombro con mano robusta y ánimo impaciente. El fraile se estremeció como si de pronto volviera en sí y lanzó un grito de espanto.

—¿Qué quereis? qué mandais? preguntó luego dando diente con diente y mirándole sin pestañear.

—¿Cómo se llamaba, preguntó Montalvo, el guerrero con quien vinisteis hasta aquí?

—Gonzalo, señor, ¿no le conoceis?

—No.

—Pues es el alcaide de la fortaleza de Tordehumos: ¿qué habeis hecho de él que no le veo?

Adrian creyó que el juicio del pobre fraile no estaba muy en caja y contestó alejándose de aquellos sitios:

—Si quereis orar por un difunto dad unos cuantos pasos y encontrareis el cadáver de ese á quien acabais de nombrar. Tal vez llegueis á tiempo para que podais oir su última confesion.

Al apartase Gonzalo de la condesa tuvo intencion de cumplir el encargo que esta le habia hecho; los celos, no obstante, dieron poderoso incentivo á su curiosidad y al momento varió de opinion. Quiso saber si la mujer á quien amaba con delirio le estaba engañando y resolvió quedarse allí y escuchar lo que hablase con Adrian.

Entonces sacó su daga del cintó, la aproximó al pecho del padre Gerardo, y con voz sumamente baja le dijo al oido estas terribles palabras:

—Si moveis un pié, si hablais, si dais un suspiro, un estornudo siquiera, os lo prevengo, cometeré un sacrilegio y os clavaré contra este tronco que nos oculta.

El padre Gerardo cayó de rodillas y humilló su frente hasta el suelo.

Gonzalo escuchó con terrible ansiedad las palabras de amor que Montalvo pronunciaba y que la condesa oia con dulzura. Parecíale que el corazon le saltaba dentro del pecho, que sus sienes ardian y que sus ojos se inyectaban. Varias veces tuvo tentacion de lanzarse en medio del camino y asesinar á la ingrata que le habia ofrecido ser su esposa tal vez con el solo deseo de empujarle por la senda del crimen.

Cuando Ana ofreció á Montalvo que seria su esposa, Gonzalo creyó que los ecos de las montañas habian pronunciado un terrible conjuro y que la tierra iba á abrirse para tragárselos á todos.

Ana se levantó, despidióse de Adrian y se dirigió tranquilamente á Tordehumos, en compañía de los que habian venido con ella.

Gonzalo volvió en sí y se puso frente á frente de su odiado rival. La suerte le fué desfavorable y Adrian se retiró de allí dejándole moribundo y anegado en un lago de sangre.

Entonces Rugier sacudió sus miembros entumecidos y se acercó rápidamente al lugar de la catástrofe.

Gonzalo respiraba todavía.

Rugier se apresuró á despojarle de su armadura y pudo reconocer sus heridas.

El infeliz habia recibido una terrible estocada en la garganta.

—Pronto! pronto! exclamó viendo llegar al padre Gerardo que acababa de separarse de Adrian. Cerca de aqui, continuó, hay una gran balsa de agua; tomad mi casco y llenadle, pronto! pronto!

El anciano religioso no tenia fuerzas para moverse, y quedó inmóvil como si el miedo le hubiese convertido en una estatua.

Por fortuna el padre Gerardo, que aunque cobarde no dejaba de ser prevenido, traia colgada del cinto una calabaza de la cual se apoderó Lauriga sin ningún género de vacilacion.

El buen fraile acababa de hacer un largo viaje y se habia provisto en los pueblos del tránsito del vino mas generoso que pudo encontrar.

Rugier lavó las heridas de Gonzalo y las vendó con un pañuelo cuidadosamente. Luego se quitó su casco y se puso el que antes llevaba el herido; hizo lo propio con las cotas, y advirtiéndole que el crepúsculo matutino debia tardar bien poco en ir esclareciendo los cielos y la tierra, dejó al herido y al ensimismado fraile abandonados á su propia ventura y se dirigió impertérrito por el camino de Tordehumos. Habia resuelto penetrar en la villa si le era posible, y trató de llevar á cabo su plan aunque para ello fuese preciso esponerse á los mas terribles azares.

CAPITULO XXV.

Por el pronto se realizó su intento sin ninguna contrariedad. Llevaba puesta la armadura de Gonzalo y todo el mundo le tomó por este dejándole el paso franco. Si algun centinela dudaba un instante Rugier se aproximaba, y al pronunciar con voz firme las palabras de *Castilla por D. Juan*, el centinela presentaba su arma y permanecía en su puesto con la mayor indiferencia.

Rugier pisó al fin las empinadas calles de la villa sin saber por donde iba ni á qué punto podria dirigirse. Necesitaba una persona que le indicase el sitio en donde la pobre Catalina se hallaba; pero no podia fiarse de nadie, ni halló en su camino alma viviente á quien poder dirigirse. En tan angustiosa situacion el capitán dió algunos pasos á la ventura con el corazon oprimido y esperando el momento en que fuese preciso tirar de la espada y morir matando, con lo cual se terminaria de una vez para siempre sus dolores y fiero padecer.

Por dicha suya llegó á penetrar dentro de una estrecha calleja en la cual, un hombre que traia un farolillo en una mano y en la otra un gran manojo de llaves, se acercó á él con paso inseguro y agitados y temblorosos movimientos.

Aquel hombre debió empujar el codo mas de lo que era prudente, y al dirigirse á Lauriga como llevamos dicho, hizo un esfuerzo por tenerse derecho y le dirigió con lengua estropajosa las siguientes palabras:

—Por las calzas de mi abuelo, señor alcaide, que ó yo estoy beodo como un tonel, ó vos habeis perdido la memoria con estos paseos nocturnos. Pero os juro por.... por los clavos de.... en fin, yo estaba ya que no me podia tener.

—Bien se conoce, respondió Rugier fingiendo algo la voz y procurando sacar todo el partido posible de aquel encuentro providencial.

—Como que ya no veo de sueño, continuó el hombrecillo frotándose los ojos y la frente y tambaleándose; suponed, señor de mi alma que.... diantres! casi he perdido la memoria. Os iba diciendo...

pues, eso mismo: el señor D. Juan de Lara os envió á llamar; pero como estábais en el castillo.... yo.... ya se ve, me salí á esperaros y de paso.... es claro.... entré á tomar una copa y otra.... y luego otra....

—Acaba! dijo Rugier á quien mortificaba una terrible impaciencia. Vamos andando y dime de paso lo que queria el de Lara.

—Quería.... figuraos qué querria?... la cosa era muy sencilla; queria ver á la prisionera y yo no sé qué mas; pero yo no quise darle las llaves y dije que vos las teniais. Que venga ese ladron á mi casa; gritó el señor de Lara; que venga ó hago que te corten una oreja. Bonito estaria yo sin una oreja!

—Al grano, al grano y vamos mas de prisa; pero ¿dónde me llevas? preguntó Rugier que ignoraba hácia donde le conducia el borracho hablador.

—Toma! no quereis ir al castillo?

—Sí, sí; pero vamos pronto, al instante.

—Ya voy, mi señor D. Gonzalo, ya voy, que no puedo andar mas listo; el pícaro vinillo....

—Miserable! habla pronto y déjate de digresiones, ó voto á bríos!...

—Pues si hace una hora que estoy hablando hasta conmigo mismo!.... qué os estaba yo diciendo?

—Que el de Lara te iba á cortar una oreja.

—Ja! ja! pues ya se vé que quiso; pero yo no quise y me fuí á su casa y le pregunté qué era lo que me mandaba. "Las llaves." —No las tengo; le respondí. —"Pues anda y busca á tu amo, y dile que se me presente. Quiero hablar con la jóven que está presa en los sótanos del castillo...."

Rugier alzó los ojos al cielo y creyó vislumbrar un rayo de esperanza que Dios sin duda le enviaba desde el trono esplendente de su gloria.

Aquel hombre borracho y todo, le podia conducir, le iba conduciendo tal vez en aquellos instantes al sitio en donde Catalina gemia en triste cautiverio.

Lauriga no podia demostrar sus deseos por temor de infundir sospechas á su interlocutor.

—Y qué hiciste, le preguntó, despues de haber visto al de Lara?

—Echar un trago y salir en vuestra busca.

—Pues ya estoy aquí: qué haremos ahora?

—Lo primero....

—Qué? habla.

—Lo primero ir á recibir órdenes de D. Juan.

—No, no; prefiero ir al castillo antes. Hace mucho que no la has visto?

—A quién señor?

—A la prisionera, á la jóven....

—¿Pues no os acordais que anoche estuvimos con el padre Gerardo.... A propósito; ¿por qué queréis tanto al padre Gerardo?

—¿Qué te importa que yo le quiera ó no?

—Es verdad; pero.... ya se ve, yo no soy de bronce y la prisionera llora, suspira....

—Ha perdido mucho, no es cierto?

—Está tan delgada y tan enferma, que algunas veces.... vamos, yo no soy para ver esas cosas.... Cuando el padre Gerardo le dice aquellos insultos y la veo palidecer y temblar....

—Monstruo! murmuró Rugier pensando en Ana y estremeciéndose al oír lo que aquel hombre le decia respecto á la pobre Catalina.

Hablando de este modo llegaron ambos á las puertas del castillo que dominaba la poblacion, y en cuyas inmediaciones se agitaban numerosos grupos de soldados, hombres del pueblo y hasta mujeres y niños, que iban á despedirse tal vez hasta la eternidad, del padre, del esposo y del hermano prontos á entrar en lid por defender una mala causa y á morir por el rebelde D. Juan de Lara. El horizonte se iba aclarando con los primeros reflejos del alba y los atambores y clarines comenzaron á resonar por diferentes puntos anunciando que el enemigo se habia puesto en movimiento y que era preciso no perder un instante. Los hijos de Tordehumos y los vallisoletanos fugitivos corrieron á las trincheras y apercibieron sus mejores armas: luego se oyó un clamoreo general, y Rugier vió á la luz que despedían algunas antorchas un caballero muy bien portado y un fraile, en quien desde luego reconoció á Doña Ana, que montados sobre dos soberbios caballos recorrian el muro animándolos á todos y dando instrucciones, que sin duda eran escuchadas con religioso respeto.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

El Manzanares pasaria muy bien por caudaloso si llevara mas agua.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

